

Puerto Rico Evangélico

“Las islas esperarán su ley.” *Isaías 42:4.*

ANO 4.

PONCE, PUERTO RICO, FEBRERO 25 DE 1916.

NUM. 16

SECCION EDITORIAL

¿Fué Siempre España Romanista?

Estudio Histórico.

ABSURDO sería contestar a esta pregunta sin tener en cuenta las distintas épocas por que ha pasado el desenvolvimiento de la idea religiosa dentro de la historia de nuestra nación.

Nos encontramos en los tres primeros siglos de la era cristiana con una vida religiosa robusta y relativamente pura, derivada quizás de las enseñanzas del Apóstol de las Gentes, Pablo, y que dió gran contingente de mártires a la cristiandad perseguida por el Imperio. De esta vida fueron participando, con mayor o menor fuerza, aquellos varones que en el púlpito, en el claustro, en las escuelas y en los concilios representaron el Cristianismo en España, hombres como Osio, Leandro, Isidoro, y la pléyade de sabios eclesiásticos que en los concilios toledanos fijaron nuestra legislación, aun en asuntos de la Iglesia, con entera independencia del Pontificado, y a veces en abierta oposición con él.

Este espíritu de independencia, que después se llamó regalismo, pero que era algo más que esto, se manifiesta durante toda la Edad Media, no sólo en cuestiones de disciplina, sino en otras que se rozan con el dogma.

Había en España una iglesia, católica, sí, pero independiente de Roma y dispuesta a rechazar su yugo. Como el Cid sostuvo en las Cortes de Burgos, no son señores de España «ni San Enrique ni San Pedro,» es decir, ni el Emperador ni el Papa.

La prueba más fehaciente de la independencia española, en materia religiosa, está en

las dificultades que halló Roma para sustituir el rito o misal muzárabe, propio de esta Península, con el rito romano, que representaba la unificación del Occidente bajo el papado en materia ritual. El pueblo se opuso repetidas veces, falló la prueba del fuego y el combate de los caballeros, juicios divinos que se intentaron en pro del nuevo rito, y sólo la tenacidad y astucia de Roma logró su objeto a fuerza de circunstancias propicias.

Léanse las crónicas de los reyes de Castilla y de Aragón, y se verá cuántos son los reinados en que debieron permanecer mudas las campanas, enlutadas las iglesias, cerrados los cementerios bendecidos, porque el rey estaba excomulgado y en entredicho la nación que le prestaba obediencia. Pero ni aun estos preceptos litúrgicos se cumplían, pues los doctores decían que el Papa se había engañado, y las campanas repicaban alegres, las iglesias se iluminaban jocundas, y párrocos y abades seguían enterrando señores en sus iglesias y monasterios a mayor beneficio del alma de éstos y a mejor acrecentamiento de su bolsa.

No, en España no hubo ningún Canosa. Nuestra nobleza hubiera depuesto al cobarde rey que, descalzo, en camisa, con la cuerda al cuello, y cubierto de ceniza, hubiera solicitado del Papa perdón por el feroz delito de defender sus prerrogativas reales de las intromisiones extranjeras.

De cómo las gastaban nuestros reyes en la defensa de sus derechos enfrente de Roma, vaya un ejemplo del reinado de Enrique IV

La Escuela Parroquial frente a la Escuela Pública.

Por Abelardo M. Díaz.

II

HABIENDO visto ya lo que ha pasado en Francia, vamos a hablar ahora de lo que ha sucedido y está sucediendo en Puerto Rico.

Al arriarse la bella y legendaria bandera española de nuestros castillos, desapareció de nuestras escuelas públicas la intervención o tiranía de la negra sotana. Y entonces penetraron en ellas los aires vivificantes del progreso moderno, y el maestro de escuela aspiró, gozoso y digno, el divino oxígeno de la libertad de conciencia. La bandera de la antigua madre patria se fué pero la sotana se quedó maquinando, en la misteriosa y lúgubre sacristía, la destrucción de la escuela moderna, que no reconocía su despótico paternalismo.

¿Qué hacer contra ella, si Puerto Rico la acogía con el natural y vivo entusiasmo de un pueblo que tiene hambre de saber, de justicia y de libertad? Pues combatirla asutadamente, a sangre y fuego, hasta que el pueblo desconfiara de ella y la odiase.

Que ya el cura no podía destituir a un maestro por ser hereje, ni tenía derecho de ir a la escuela a exigir que los niños rezaran el avemaría o hacerles unas cuantas preguntas acerca de Fleury y la Doctrina Cristiana. . . «Pues en esa escuela no se enseña religión (la religión como la entienden los curas). Luego, es una escuela sin Dios, una escuela impía.

Que a ella asisten juntos los niños y las niñas. . . . «Esa escuela es inmoral. Hay que separar a los sexos en la escuela, como hace la iglesia romana en los conventos, los frailes a un lado, las monjas a otro.»

Que se enseña el inglés. . . «Esa es una escuela americana, exótica, antiportorriqueña.»

De este modo y de otros parecidos, la iglesia romana ayudada eficazmente por cierta prensa reaccionaria, ha obtenido un éxito sorprendente, logrando, en muy poco tiempo, desprestigiar a la escuela pública y a sus maestros.

Pero ya todo el mundo sabe que en el fondo de todo esto no existe otro propósito que ro-

bustecer la escuela parroquial a expensas de la pública. El sacerdote de Roma y sus aliados enseñan que la escuela pública es mala, porque es mixta y malísima, abominable, por ser laica. Y los incautos padres de familia se apresuran a retirar sus hijos de ellas, y entonces los curas se encargan de buscarles un sitio en la que ellos patrocinan y las *hermanitas* fanatizan. El que dude lo que afirmo, léase lo que dice el católico corresponsal que tiene «La Correspondencia» en San Germán: «Han ocurrido nuevos ingresos, procedentes de otros pueblos, de alumnas internas en el muy acreditado Colegio de la Concepción, a cargo de las Hermanas de la Caridad.

Son muchos los padres de familia que se proponen internar sus niñas en dicho colegio, penetrados como se hallan de que la enseñanza allí es una verdad. . . .

Bien pudiera afirmarse, que si ciertos padres de familia hicieran una visita al Colegio de la Concepción, SE APRESURARÍAN A SACAR SUS HIJAS DE OTRAS ESCUELAS Y A PONERLAS EN ESTE COLEGIO DONDE SE CULTIVA LA MORAL EN EL EDUCANDO. . . YA VALE LA PENA QUE TODOS NOS OCUPEMOS ALGO DE LA IMPORTANCIA DEL COLEGIO DE LA CONCEPCIÓN EN SAN GERMÁN Y DE QUE AFLUYAN AL MISMO EL MAYOR NÚMERO DE NIÑAS INTERNAS Y EXTERNAS. ES CUESTIÓN DE CONVENIENCIA PARA LOS HIJOS Y PARA LOS PADRES DE FAMILIA. Cualquier persona que deseara informes, solicite de la directora Sor Luz Divina el prospecto del colegio y seguidamente le será servido por correo.»

Como se deduce de esta correspondencia, y especialmente de otras que conservo en mi archivo, la escuela parroquial ha adoptado una actitud francamente hostil a la escuela pública. Ya no tan sólo se le ataca desde el púlpito o por medio de la prensa clerical, sino que también contra ella se utiliza la prensa diaria, la cual pretende ser neutral y afirma que está para servir a los intereses del pueblo.

Por eso vemos que las escuelas y los colegios católicos se levantan florecientes en Santurce, Arecibo, Mayagüez, San Germán, Bayamón, Caguas, etc.

El pueblo no se fija que cuando aquí apenas había escuelas, entonces la iglesia romana no se ocupaba de aumentarlas; y que ahora que te-

nemos un número inmenso esta iglesia no se da punto de reposo estableciéndolas aquí y allá. Quizás alguien diga: Es verdad que actualmente contamos con un gran número de escuelas públicas, pero éstas no son suficientes: hay 200,000 niños sin escuela. Y la iglesia romana tiene que encargarse de su instrucción, porque el gobierno no puede. Vamos a contestarle enseguida:

Esos 200,000 niños, en su inmensa mayoría, pertenecen a las clases pobres de los pueblos y de los campos. Y en los campos la iglesia no tiene escuelas para enseñarlos, ni tampoco en los pueblos pequeños. Sus colegios están en las poblaciones más importantes, y a ellos, con quizás rarísimas excepciones, no pueden ir los hijos de los pobres, sino las niñas y los niños de las clases pudientes. El dinero es la llave mágica que abre las puertas de la escuela de los curas y las hermanas, puertas que permanecen inflexiblemente cerradas al clamor de la indigencia.

Así realizan maravillosamente el plan previsor de los jesuitas, el cual consiste, como dice Compayré, EN EDUCAR LAS CLASES DIRECTORAS, QUE ESPERAN DIRIGIR POR SÍ MISMOS. Pongamos un ejemplo. En el Colegio del Sagrado Corazón de Jesús están educando o fanatizando a las niñas de la aristocracia de Puerto Rico, las que serán las esposas de los directores de este pueblo, quienes en materia de religión, van a ser dirigidos o sometidos por sus fanáticas compañeras, quienes, a su vez, serán diestramente dirigidas por sus perpetuos directores los curas y las monjas.

Uno de los fenómenos más interesantes y más inexplicables es la candidez o el servilismo de algunos maestros de la escuela pública. El cura, desde hace tiempo, los ha insultado y calumniado por el enorme delito de servir a los intereses sagrados del pueblo que los sostiene. Para él son los corruptores de la niñez, los propagadores de la impiedad y los innovadores execrables de un orden de cosas que condena su oscurantista iglesia.

Pues bien; en lugar de demostrar toda la entereza de carácter de hombres y mujeres libres, han traicionado, consciente o inconscientemente, la noble causa de la escuela laica, apoyando a sus propios detractores. Hallábame en el pintoresco pueblo de Aibonito.

Al visitar a sus escuelas públicas aproveché la oportunidad de invitar a los maestros que entonces allí ejercían para asistir a una conferencia de carácter pedagógico, que por la noche se iba a dar en la capilla metodista. Y una de las más ilustradas maestras, una simpática señorita que estimo sinceramente, me confesó con desconcertante ingenuidad: «Yo iría con muchísimo gusto, pero va y le está malo al padre Rivera. Él no nos lo prohíbe . . . pero . . .» Y cuando llegó la hora de la conferencia, ni un solo maestro estaba presente, a excepción del ilustrado inspector señor Ismael Maldonado, quien, según parece, no pidió permiso al celoso PAY Rivera.

Estoy seguro que este caso no se ha dado únicamente en Aibonito, sino que se repite en otras poblaciones de esta desventurada isla.

Estos maestros que han perdido tan lastimosamente el sentimiento de la propia dignidad y de la elevadísima misión que les ha sido encomendada, deben tener muy presente el famoso dicho del filósofo griego: «Haced educar vuestros hijos por un esclavo y en vez de uno tendréis dos esclavos.»

¡Qué triunfo el que ha obtenido el sacerdote sobre el maestro de escuela, haciendo de éste un satélite y de su escuela una sucursal de la sacristía! Le menosprecia, le insulta y le calumnia, y él, en cambio de este tratamiento abusivo, le rinde asiático vasallaje. Lamer la mano del que pega es propio de los perros, pero indigno, completamente indigno de hombres y mujeres libres, y sumamente peligroso y degradante en los educadores de la niñez.

¡Pueblo, alerta! La escuela pública está en peligro. Frente a ella se levanta, arrogante y hostil, la terrible escuela parroquial. La escuela pública es la depositaria de tu moderna civilización y la cuna sagrada de tus libertades. La otra, la escuela clerical, es el yunque donde se forjan cadenas para tus pies, esposas para tus manos y dogal para tu cuello. ¡Al lado del cual te pondrás en este porfiado y trascendental combate entre el pasado con sus tinieblas y el futuro con sus resplandores?

La hora ha sonado solemnemente. Decídetes por amor de tí y por las generaciones que han de venir. No puedes permanecer neutral,

y mucho menos ser iconsecuente. Temo que tus falsos maestros en religión y en política te hayan hecho perder el instinto universal de la vida y del amor santo y regenerador de la libertad, y que tú, convertido en cadáver o risible autómatas, te dejes envolver, sin lanzar una viril protesta, en los pliegues adormecedores de la ambiciosa sotana, entregando criminalmente el sagrado porvenir de tus hijos a los implacables y poderosos verdugos de la democracia y del Cristianismo verdadero.

Si el puro ambiente de la libertad te asfixia, como el pez fuera de las aguas, entonces vacía la escuela pública, y llena la parroquial o clericaliza la pública, para que todas sean parroquiales, apaga el potente foco del progreso humano, reniega de los derechos del hombre y súmete en las espesas tinieblas de la ignorancia y del error. Pero si realmente buscas cosas mejores, recuerda los funestos resultados de la escuela parroquial en todos los tiempos y en todos los países, no envíes tus hijos a ella, levanta alto, muy alto la esplendorosa antorcha de la libertad, y entonces los horripilantes buhos del progreso huirán delante de tí, suspendiendo su monótono canto, que entristece, enferma y envilece a los individuos y a los pueblos.

Caguas.

La Biblia y la Geología.

La edad de la tierra.

Por M. E. Martínez.

En el margen de algunas Biblias que, sin duda alguna, han tomado de modelo a la revisada inglesa, encontramos determinadas fechas que al parecer corresponden con los acontecimientos que allí se narran.

Este hecho ha servido a los eternos enemigos de la Palabra para gritar muy alto, diciendo: «¿No véis que la Biblia y la ciencia se contradicen? ¿No prueban esas fechas que ese libro sólo contiene errores? La edad de la tierra es mucho mayor que la que la Biblia le asigna.»

El Prof. Ferry, por ejemplo, en ciertas conferencias celebradas en Sur América, aseguró que la edad de la tierra es de 380,000 años, y que las Sagradas Escrituras son una fábula porque . . . ¡sólo le señalan 6,000 años de existencia!

La «cronología bíblica» a que se hace referen-

cia constantemente como errónea, es la inventada por el arzobispo Usher, y publicada por primera vez hace muchos años. *Nótese* que las Biblias impresas en los últimos años no contienen ninguna fecha al margen ni en el mismo texto, por la sencilla razón de que la Biblia no establece fechas. Los autores sagrados, según se desprende de los manuscritos originales, jamás pretendieron hacer una cronología de los hechos que narraban. Lo ha dicho el célebre y ortodoxo orientalista Silvestre de Sacy: «No hay cronología bíblica.» (1)

Las fechas, pues, que aparecen en algunas Biblias, son *cálculos científicos*, (de ningún modo bíblicos) y si hay alguna equivocación en ellos, el error hay que atribuírselo a la ciencia y no a las Sagradas Escrituras.

¿Cuál es, entonces, la verdadera edad de nuestro planeta?

El Dr. Daniel Hall, dice: «Des Vignoles, en su obra *Cronología de Historia Sagrada*, afirma que él coleccionó más de DOS CIENTOS CÁLCULOS diferentes, el más bajo de los cuales daba 3,483 años desde la creación hasta nuestra era, y el más alto 6,984 años.»

¡Más de doscientas cronologías o cálculos diferentes acerca de la edad de la tierra . . . !

¡Y note el lector que son *cálculos científicos*, inventados por hombres de ciencia!

Algunos ejemplos bastan:

La edad de la tierra es,

Según el Prof. Ferry, ya citado, 380,000 años.
Según los Profesores Tait y Ramsay, 10 millones de años.

Según el Dr. Croll, 20 millones de años.

Según Lord Kelvin, 24 millones de años.

Según el Prof. Sollas, 55 millones de años.

Según Sir George H. Darwin, 60 millones de años.

Según Sir O. Lodge, más de 100 millones de años.

Según Charles Darwin, más de 300 millones de años.

Y, según otros, ¡ha existido siempre!

¿Qué os parece si Moisés hubiera dicho que la edad de la tierra era, supongamos, de 10 millones de años,

Josué, de 20 millones de años,

Job, de 30 millones de años,

David, de 40 millones de años,

Isaías, de 50 millones de años,

Daniel, de 100 millones de años,

Ezequiel, de 200 millones de años,

y que más tarde Jesucristo hubiera asegurado

que la tierra había existido desde la eternidad?

¿No habría sido tomado ésto como si fuera una

1. "Creación y Evolución," pág. 116.